



**FRIEDRICH NIETZSCHE**

**Correspondencia, vol. III,  
Enero 1875-Diciembre 1879**

**Edición de Andrés Rubio,  
Trotta, Madrid, 2009, 483 pp.  
ISBN 978-84-9879-038-2**

**E**ste tercer volumen de la *Correspondencia* de Friedrich Nietzsche incluye las cartas escritas por el autor desde enero de 1875 —cuando aún era un joven filólogo clásico que, en la primera de ellas, rechazaba la posibilidad de traducir a Leopardi al alemán y se mostraba preocupado por su “futuro como escritor”— hasta diciembre de 1879, cuando se había convertido en un “modesto profesor enfermo”— en realidad había dejado de ser profesor en mayo de ese mismo año— que, sin embargo, había publicado *Humano, demasiado humano* y se había transformado, literariamente al menos, en un “espíritu libre”. La primera carta está dirigida a Hans von Bülow, uno de los miembros más significados del círculo wagneriano; la última a su hermana Elisabeth. Ninguno de los dos interlocutores sería representativo del cambio que se estaba operando en Nietzsche y que le llevaría a romper con Wagner y a separarse radicalmente de su “querida hermana”, a la que vería por última vez en 1885. Fue precisamente a Elisabeth a quien Nietzsche le confesaría “la infinita desilusión” sufrida durante el verano de 1876 tras su desaparición de Bayreuth (carta 547). Mucho más representativos de la verdadera correspondencia son Franz Overbeck, Paul Deussen, Carl von Gersdorff o Edwin Rohde, entre otros, y, naturalmente, el “excelente

músico” Heinrich Köselitz (*alias* Peter Gast), a quien pidió en mayo de 1876 que fuera a verle, todos los cuales responden aquí de su existencia.

A lo largo de estos cinco años, Nietzsche buscaría afanosamente su independencia de cada una de las instituciones que habían regido su vida hasta entonces —de la familia a la universidad, pasando, fundamentalmente, por la influencia wagneriana— y pediría de sus correspondientes lo que supo mantener respecto a Jakob Burckhart: el “respeto hacia su personal concepto de libertad” (carta a Köselitz de 25 de abril de 1877). Claves para esa independencia serían su distanciamiento de Schopenhauer, el *Erzieher* que iría quedando atrás conforme Nietzsche fuera apropiándose de la filosofía (ya se llamara genealogía, transvaloración de todos los valores o voluntad de poder) como la verdadera tarea a la que se dedicaría hasta el final, y su relación con Emerson. En una carta a Gersdorff llena de matices en la que Nietzsche muestra su “confianza en mí mismo” (*Self-Reliance* era uno de los ensayos emersonianos que Nietzsche leería con más frecuencia) e ironiza sobre “lo poco filólogo que soy”, escribe que “el nuevo Emerson” (en referencia a *Letters and Social Aims*, publicado en 1875 y traducido al alemán como *Neue Essays*) “se ha hecho algo viejo”. “Me parece —concluye Nietzsche— que está demasiado enamorado de la vida” (carta 530, 26 de mayo de 1876). ¿No hemos aprendido con Nietzsche que no podremos amar nunca demasiado la vida? En la década siguiente, la lectura de *Hombres representativos* —que Ida Overbeck empezaría a traducir al alemán— sería determinante para la escritura de *Así habló Zaratustra*. No menos importante resulta, en la misma carta, la preferencia por las *Memorabilia* de Jenofonte en quien haría de Sócrates el principal enemigo de la vida.

El volumen forma parte de la edición completa de la *Correspondencia* de Nietzsche dirigida por Luis Enrique de Santiago Guervós. En los tres volúmenes que faltan, y que comprenden los nueve últimos años de lucidez del autor, Nietzsche llegará a mostrarse a sí mismo y a plantear a la humanidad —como escribió en *Ecce Homo*— “la más grave exigencia que jamás se le ha hecho”. Nietzsche mismo advirtió que entre la grandeza de su tarea y la pequeñez de sus contemporáneos había una desproporción que seguramente ha constituido desde el principio la principal dificultad de la interpretación de su obra, y también de su traducción. Tal vez la lectura, incluso la mera lectura, sea una exigencia suficiente. Yo no tengo la impresión, tras haber leído este libro, de que “un amigo me abandonaba ofendido” (véase la carta 920, de 28 de diciembre de 1879, a Edwin Rohde). Al contrario. La lectura de la correspondencia personal de Nietzsche, que probablemente habría ofendido a un hombre cuya delicadeza de sentimientos llegaría a ser proverbial, nos ayuda a entender lo que Nietzsche esperaba de los lectores, y de la lectura, de su obra más exigente.

*Antonio Lastra*